

Capitalismo pandémico y pandemia de la uberización del trabajo

Ricardo Antunes*

Resumen. Ubicada en la base de la pirámide social, la clase trabajadora ha sido afectada por la crisis económica y la pandemia del coronavirus (covid-19) a escala mundial. Además de las elevadas tasas de mortalidad, empobrecimiento y miseria, grandes porciones de trabajadores están desempleados y en la informalidad. En este escenario social de devastación, el mundo del trabajo entró en una «segunda ola» de coronavirus: la pandemia de uberización a través de la difusión del trabajo en plataformas digitales operadas por grandes corporaciones globales. Se trata de un fenómeno destructivo de la clase trabajadora y sus derechos en varios sectores de producción, con mayor propagación en los servicios. La situación es desesperante en países del sur, como los casos de India y Brasil, pero también en varios países del norte, aunque con otros menores grados de intensidad. En una fase de profunda crisis estructural, el sistema de metabolismo social del capital encontró una trágica confluencia con la explosión del coronavirus, haciendo más visible al capitalismo pandémico o viral. En este momento tan trágico para la humanidad, ¿la clase trabajadora será capaz de impedir la destrucción en curso y comenzar a demoler el edificio del capital?

Palabras clave: capitalismo pandémico, metabolismo antisocial del capital, pandemia de uberización del trabajo, clase trabajadora, Brasil.

* Profesor Titular de Sociología del Trabajo en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas (IFCH) de la Universidad de Campinas, Brasil (Unicamp). Correo-e: ricardob@unicamp.br
Traducción del portugués al español por Humberto Márquez Covarrubias.

Pandemic capitalism and the pandemic of work uberization

Abstract. Located at the base of the social pyramid, the working class has been affected by the economic crisis and the coronavirus (covid-19) pandemic on a global scale. In addition to high mortality rates, impoverishment, and misery, large portions of workers are unemployed and in the informal sector. In this landscape of social devastation, the world of work has entered a «second wave» of coronavirus: the pandemic of uberization through the spread of work on digital platforms operated by large global corporations. It is a destructive development for the working class and its rights in various sectors of production, as the service-based economy spreads. This is a desperate situation in southern countries, such as India and Brazil, but also in several northern countries, albeit with lesser degrees of intensity. In a period of profound structural crisis, the social metabolic system of capital found a tragic confluence with the irruption of the coronavirus, making pandemic or viral capitalism more visible. At this tragic moment for humanity, will the working class be able to avoid the ongoing destruction and begin to dismantle the edifice of capital?

Keywords: pandemic capitalism, antisocial metabolism of capital, pandemic of work uberization, working class, Brazil.

La pandemia del capital¹

La interrelación entre la crisis económica y la explosión de la pandemia de covid-19 ha generado profundos impactos y consecuencias para la humanidad que depende de su trabajo para sobrevivir, además de las altísimas tasas mundiales de mortalidad, empobrecimiento y miseria de la clase trabajadora a escala mundial. En grandes porciones de este contingente, que se encuentra desempleado y en la informalidad, la situación se torna verdaderamente desesperada, como lo confirman trágicamente los ejemplos de India y Brasil.

Fenómenos similares, aunque diferentes en cuanto a su intensidad, están ocurriendo también en varios países del Norte. En Estados Unidos, por ejemplo, trabajadores sin hogar dormían en aceras, plazas públicas y estacionamientos diseñados con vallas amuralladas simbólicas para que no hubiera contaminación. Más de 33 millones de trabajadores solicitaron un salario por desempleo en mayo de 2020, además de formar enormes filas en busca de alimento. Estados Unidos demostró al mundo el completo fracaso de su sistema de salud privatizado, bajo el gobierno negacionista y fascista de Donald Trump. Todo esto ayuda a comprender por qué el país más rico del mundo tuvo, durante muchos meses, los niveles más altos de mortalidad durante 2020.

En Brasil, donde hay una intensa explotación y precariedad del trabajo, las consecuencias son aún más perversas socialmente. Sólo por dar algunos ejemplos: más de 40% de la clase trabajadora brasileña estaba en

¹ Este artículo retoma, con cambios, el capítulo 2 publicado en el libro *Capitalismo pandémico* (Antunes, 2022).

la informalidad a finales de 2019, antes del inicio de la pandemia. En el mismo periodo, una masa de más de 5 millones de trabajadores sólo podía encontrar alguna forma de remuneración en los llamados trabajos uberizados, que se caracterizan por la exclusión total de los derechos laborales. Por no hablar de la creciente masa de desempleados, subempleados, subcontratados, intermitentes y precarios que no dejan de expandirse en todos los espacios de trabajo, como se puede constatar en el Sur global.

Si esta tragedia ya existía antes de la covid-19, lo que puede visualizarse en el presente y en el horizonte cercano, en medio de esta terrible pandemia, es un escenario aún más sombrío. ¿Qué puede esperarse, entonces, en relación con la clase trabajadora? Al encontrarse en la base de la pirámide social, la humanidad que trabaja —y en particular la clase trabajadora—, ¿será capaz de impedir tal destrucción y así comenzar a demoler el edificio del capital? O, si queremos formular la pregunta de otra manera, ¿qué se puede esperar del *sistema de metabolismo social del capital*,² en este momento tan trágico para la humanidad que depende de su trabajo para sobrevivir?

Una nueva era de devastación del trabajo

Fue en este contexto de *crisis estructural del capital* que la pandemia azotó al mundo, provocando la muerte y el desempleo de millones de trabajadores. Datos preliminares de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), calculados al inicio de la crisis sanitaria del coronavirus, estimaron

² Sobre el sistema de reproducción sociometabólica del capital, véase el capítulo 1 del libro *Capitalismo pandémico* (Antunes, 2022).

una pérdida inicial de 195 millones de puestos de trabajo a tiempo completo, y otros mil 600 millones se encuentran trabajando en la informalidad.

Durante el segundo año de la covid-19 las cifras fueron mayores, tomando en cuenta la invisibilidad que caracteriza al mundo del trabajo en nuestra época, tendencia que se acentuó todavía más durante la pandemia, ya que medir el llamado «paro por desánimo» se vuelve aún más difícil.

El ejemplo de Brasil es ilustrativo e indica la tendencia que se ha desarrollado en los países periféricos. La eficacia del *sistema de metabolismo antisocial del capital* (como lo designaré), en una fase de insondable *crisis estructural*, encontró una trágica confluencia con la explosión del coronavirus, lo que hizo más visible lo que he denominado *capitalismo pandémico o viral*. Su primera manifestación aparece en su sentido profundamente discriminatorio respecto a las clases sociales, porque la pandemia tiene un impacto mucho mayor en la clase trabajadora, en especial en sus sectores más empobrecidos. Con el intenso crecimiento de esta masa de trabajadores sin condiciones mínimas de supervivencia, el nivel de la contaminación y la letalidad aumentaron fuertemente, lo que demostró su perversidad hacia la masa trabajadora.

La clase burguesa, incluidos sus séquitos de altos directivos, que detenta una gran parte de la riqueza socialmente producida, cuenta con amplios recursos hospitalarios y condiciones de vivienda privilegiadas, que le permite elegir las mejores condiciones para llevar a cabo el aislamiento social (*lockdown*), mientras la clase-que-vive-del-trabajo lucha tenazmente todos los días para sobrevivir, tratando de escapar del desempleo, el hambre y la letalidad causados por la pandemia. El ejemplo también se aplica a los hijos del proletariado, niños pobres que en edad escolar no asisten a las escuelas públicas por causa de la pandemia y no pueden alimentarse

por sí mismos. Pero si van a la escuela pueden contaminarse y transmitir la covid-19 a sus familiares.

Así ocurrió la primera muerte de una trabajadora doméstica negra en Río de Janeiro, Brasil, quien se enfermó mientras cuidaba a su jefe que estaba contagiado por el coronavirus, poco después de haber regresado de Italia donde había viajado como turista. El jefe pudo curarse, pero la empleada murió a causa de la covid-19.

Este caso puso de manifiesto la desigual *división sociosexual-racial y étnica del trabajo*, ya que la clase trabajadora está mucho más penalizada que la clase burguesa y la clase media alta. Además, como en una sucesión de horrores, las mujeres trabajadoras blancas también sufren más que los hombres blancos. Basta mirar los altos índices de violencia doméstica y feminicidio que aumentaron durante la pandemia. Y, continuando con la cadena social de desigualdades, las trabajadoras negras, indígenas, inmigrantes y refugiadas son más penalizadas que las blancas. Vale la pena recordar que en Brasil hay 6.2 millones de trabajadoras domésticas, de las cuales 68% son negras (IPEA, 13 de mayo de 2020).

Lo anterior sella una contradicción visceral que afecta a la clase trabajadora que se halla al «filo de la navaja». Como medida sanitaria, cuando la pandemia alcanza altos niveles de propagación, es necesario que se decrete el confinamiento en aras de preservar a la población del aumento del contagio del coronavirus. Si esto no se hace, la clase trabajadora estará cada vez más contaminada, enfermará y perecerá en mayor cantidad.

No obstante, surge una primera pregunta crucial: ¿cómo llevar a cabo un confinamiento, si la gran mayoría de la clase trabajadora que está desempleada no tiene manera de obtener recursos para sobrevivir mínimamente? Al encontrarse en la informalidad, realizar trabajos intermitentes,

uberizados, subcontratados y en consecuencia excluidos de los derechos sociales, ¿cómo pueden recibir alguna remuneración si no realizan ningún trabajo? Los limitadísimos apoyos de emergencia en los países periféricos del Sur son insignificantes y de muy corta duración.

Por eso la pandemia ha ayudado a exponer la falacia de lo que el empresariado llama eufemísticamente «emprendimiento», ese nuevo vilipendio ideológico del capital que sirve para enmascarar y borrar las relaciones de asalariamiento, así como para ocultar otra evidencia clara, dado que el capitalismo viral ni siquiera tiene una política social mínima que minimice el sufrimiento de los desempleados. Recurre, entonces, al embuste ideológico, con el objetivo de presentarlos como «nuevos emprendedores».

En *O privilégio da servidão* (Antunes, 2018), caractericé al «emprendedor» como poseedor de una conciencia oscilante de valores, ahora más cercana a la ideología neoliberal, que le hace imaginarse como un *burgués-de-sí-mismo*; a veces, a consecuencia de su enorme explotación y expolio, llega a percibirse como un *proletario-de-sí-mismo*.

La clase trabajadora, por ende, se encuentra bajo un intenso fuego cruzado. Entre el desempleo y la infección, bajo la pandemia su vida cotidiana oscila entre el hambre, la búsqueda de trabajo y el riesgo constante de enfermedad y muerte. Y esta situación socialmente desigual para la clase trabajadora se acentúa de modo significativo en países fuera del Norte, de los cuales India, Brasil, México y Sudáfrica son ejemplos emblemáticos.

Particularmente en los casos de Brasil e India, la vigencia de las políticas neoliberales devastadoras permanece intacta, cuando no se ha intensificado, porque su objetivo prioritario consiste en ampliar el enriquecimiento de sus respectivas clases burguesas. Ambos son países del Sur con una economía fuerte, pero profundamente desigual, circunstancia que los

sitúa entre aquellos en los que la riqueza de las burguesías está en abismal contradicción con el nivel de pobreza y miseria de las clases populares. En India la indigencia está acentuada entre su enorme población, junto con la nociva simbiosis que existe entre el sistema de clases y castas, lo que aumenta aún más los niveles de miseria.

Si esta era la situación antes de la pandemia, es fácil advertir, como se verá a continuación, que en el mundo pospandemia todo será más grave y difícil. Y es en este contexto que la permanencia y hasta la expansión del desempleo, subempleo, sobreexplotación, precariedad, informalidad e intermitencia se presentan como una tendencia «natural». Esta hipótesis se vuelve más plausible dado que la pandemia de covid-19 acentuó el abismo social que caracteriza no sólo a los dos países mencionados, sino también a todo el Sur global, sin dejar de recalcar que los países del Norte no serán inmunes a las tendencias destructivas hacia el trabajo. Dado que el capitalismo globalizado de nuestro tiempo tiene una característica *desigual y combinada*, el futuro cercano está mucho más plagado de temores que de optimismo. Si dicha imagen social global es correcta, no parece exagerado aclarar, entonces, que el sistema de *metabolismo antisocial del capital* fue asumido, al mismo tiempo, como una forma de *capitalismo viral*.

Pandemia de uberización

Fue en medio de este escenario social de devastación que el mundo del trabajo entró en una «segunda ola» de coronavirus: la *pandemia de uberización*. Dicha realidad se manifestó cuando una fuerte tendencia, que venía desarrollándose ampliamente en el mundo del trabajo antes del estallido

del brote de covid-19, encontró nuevas condiciones para su expansión durante la pandemia.

Este proceso se ha materializado a través de la difusión del trabajo en plataformas digitales —en realidad son grandes corporaciones globales— responsables de la creación del trabajo uberizado. Sin alternativas de trabajo y empleo, una masa creciente de fuerza de trabajo excedente encuentra sólo alguna posibilidad de encontrar remuneración por medio de empresas como Amazon (y Amazon Mechanical Turk), Uber (y Uber Eats), Cabify, 99, Google, Facebook, Airbnb, Lyft, Ifood, Glovo, Deliveroo, Rappi, entre muchas otras que no dejan de difundirse por el mundo.

Se trata de corporaciones que, bajo la hegemonía del capital financiero, hacen uso articulado de al menos tres elementos esenciales para su funcionamiento: *a)* uso intensivo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC); *b)* disponen de una inmensa mano de obra excedente, ávida de aceptar «cualquier trabajo», siempre que reciba alguna remuneración; *c)* exigen que estos nuevos trabajadores se transformen en «prestadores de servicios», «autónomos», «empresarios», para excluirlos completamente de la legislación social que protege el trabajo.

De esa forma, el gran «secreto» de las plataformas digitales se hace efectivo cuando logran realizar una profunda metamorfosis en las relaciones de trabajo, al atribuir a los trabajadores la condición de «prestadores de servicios», «trabajadores por cuenta propia», con el fin de eludir la legislación laboral vigente en los países donde operan. Para dar este «golpe maestro» cuentan casi siempre con la aquiescencia y sumisión de los gobiernos, así como de los poderes legislativo y judicial, por lo que se vuelven altamente rentables y lucrativas. En ese sentido, corresponde a la clase trabajadora desempleada intentar salir de este flagelo con la uberización.

Naturalmente, dicho fenómeno destructivo hacia la clase trabajadora y sus derechos, duramente conquistados a lo largo de décadas e incluso siglos, se ha expandido de modo notable en varios sectores de producción (aquí usado en el sentido amplio) y en particular se ha mostrado ágil y rápido en los servicios, que han sido intensamente privatizados y mercantilizados en las últimas décadas, sin dejar de expandirse también en la industria y la agricultura (Antunes, 2018).

A medida que continúan ampliándose los espacios del capital, que utilizan cada vez más las tecnologías de la información y la comunicación y el universo informal-digital, se comienza a presenciar la expansión de la clase trabajadora que labora en *call centers*, telemercadeo, agronegocios, bancos, comercio, comida rápida, turismo, hotelería, etcétera. Tal tendencia se ha intensificado mucho en la última década con el desarrollo de la llamada Industria 4.0, una propuesta que nace para posibilitar un nuevo salto tecnológico en el mundo de la producción, que debe ser aún más automatizado y robotizado, en casi todos los espacios de las cadenas productivas de valor (Antunes, 2020).

Otra consecuencia social de los movimientos del capital empresarial es la enorme expansión de este nuevo contingente del proletariado, que Ruy Braga y yo definimos *infoproletariado* y que, de igual forma, Úrsula Huws denominó como *cibertariado* (Antunes y Braga, 2009; Huws, 2017).

Así, la tendencia, ya presente y visible mucho antes del estallido de la pandemia, fue clara. Se trataba de reducir aún más el *trabajo vivo*, con la sustitución de actividades manuales y tradicionales gracias a la introducción de herramientas automatizadas y robóticas, bajo el comando informático. Lo anterior provoca que el *trabajo vivo* sea más «residual» en las plantas, más avanzado digitalmente, mientras que a los trabajadores los

empujan hacia actividades más marcadamente «manuales», que todavía son utilizadas de manera intensa por el capital, en concreto (pero no solamente) en el Sur global, o bien los dejan desempleados. Al hacerlo, el *ejército excedente de fuerza de trabajo* se expande con mayor intensidad, lo que reduce aún más los niveles salariales de la clase trabajadora.

Asimismo, es preciso volver a otro elemento central que de igual modo se ha intensificado durante la pandemia. Es un hecho que la destrucción de la fuerza de trabajo es una tendencia que está presente en la lógica del sistema de metabolismo antisocial del capital desde sus orígenes. No fue por otra razón que Marx presentó esta declaración cáustica de que la producción de capital es, en última instancia, «una *dilapidadora de seres humanos, de trabajo vivo, de carne y sangre, sino también de nervios y cerebro*» (Marx, 2018:116).

Pero a este sentido destructivo de la fuerza de trabajo debe agregarse otra tesis básica del trabajo marxista: el capital no puede eliminar completamente el trabajo, porque si lo hace su propia reproducción se verá comprometida. Es por eso que la destrucción del *trabajo vivo* no puede conducir a la extinción completa de la actividad laboral humana. La extracción de plustrabajo fue, es y seguirá siendo, el fundamento ontológico de la forma de valor y el plusvalor, toda vez que las máquinas no pueden crearlo, aunque aumentan de modo exponencial el plusvalor (Marx, 1996).

Así, en este nuevo periodo en el que se produce una nueva fase de expansión del *trabajo muerto*, con la introducción de la nueva maquinaria informacional, a través de la sustitución de las actividades humanas por herramientas automatizadas bajo comando digital, la propia valorización del capital no puede prescindir y eliminar el *trabajo vivo*.

Fue precisamente la pandemia lo que exasperó dicha realidad. No fue por ninguna otra razón que la comunidad empresarial mundial ha buscado, en todos los medios, impedir el uso recurrente del confinamiento, porque sin producción no hay beneficio ni creación de plusvalor. Fue necesaria una tragedia humana global —la pandemia de covid-19— para que las equivocadas tesis «eurocéntricas» sobre el *fin del trabajo* (y, en consecuencia, el fin del proletariado) demuestren su enorme fragilidad.

El mito de que el capitalismo podría sobrevivir gracias a la tecnología, al prescindir de la explotación de la fuerza de trabajo y de la extracción de plusvalor (dado que nos hallamos en la «sociedad del conocimiento», basada en la inmaterialidad e intersubjetividad), resultó estar profundamente equivocado.

La pandemia ha puesto de manifiesto la importancia crucial y decisiva del trabajo para la valorización del capital. Fenómeno que se da desde la Revolución industrial que se ha acelerado con las tecnologías de la información y la comunicación. Ello revela, también, la desesperación del sistema de metabolismo antisocial del capital, cuya oposición al confinamiento se produjo de manera general. Así, la presión por la «economía», por «volver a la producción» a toda costa, en detrimento de la salud de la población trabajadora, agregó un nuevo ingrediente al capitalismo que, además de ser destructivo, asumió una clara dimensión letal, incapaz incluso de disimular el desdén por la vida humana; o el subterfugio utilizado fue decir que la vuelta al trabajo era para «garantizar los empleos». Una vez más se hizo evidente el descaro de clase de la burguesía.

Dentro de esa lógica, el sistema capitalista actuó de manera bifronte. Por un lado, buscó impedir la práctica del encierro; por el otro, aprovechó la pandemia para desarrollar nuevos laboratorios de experimentación de

trabajo, con el objetivo de crear «nuevas» formas aún más intensas de explotación laboral.

El principal resultado de esos laboratorios del capital fue la verificación de las enormes posibilidades para expandir el trabajo uberizado, lo que permite a las empresas hacer un uso casi ilimitado de esa enorme masa de desempleados. Al combinar la negativa a cumplir con la legislación laboral, el uso de tecnología de punta, el incentivo a la individualización y el consiguiente debilitamiento de los sindicatos y los movimientos de clase, todo ello en una fase de crisis estructural caracterizada por la expansión del ejército de reserva, el resultado se manifiesta en varias partes del mundo.

El trabajo que más se expande en el capitalismo actual —el trabajo uberizado— presenta las siguientes condiciones laborales: la jornada laboral es cada vez más extenuante, incluso llega a 16 o más horas al día, a menudo sin descanso semanal; salarios cada vez más bajos, situación que se mantuvo durante la pandemia; los trabajadores de aplicación pueden ser despedidos en cualquier momento por decisión unilateral de la empresa, que ni siquiera necesita justificar su acto; los costos de mantenimiento de vehículos, motos, bicicletas, celulares y equipos necesarios son exclusivamente responsabilidad de los mensajeros, lo que configura una realidad donde el binomio explotación/expoliación va de la mano.³

La siniestra simbiosis entre el trabajo intermitente y los artefactos digitales e informacionales permitió presentar la tesis de que el *capitalismo de plataforma*, impulsado por grandes corporaciones financieras globales, ha estado practicando modalidades de trabajo que se asemejan a la *protoforma del capitalismo* (Antunes, 2020).

³ Véase la amplia gama de investigaciones presentadas en el libro *Uberização, trabalho digital e Indústria 4.0* (Antunes, 2020).

Esta aparente paradoja se produce precisamente porque, en la fase más avanzada tecnológicamente, con la expansión de algoritmos, inteligencia artificial, internet de las cosas (o IoT), *internet industrial de las cosas*, *big data*, *learning machine system*, Industria 4.0 y 5G, también vivimos la expansión de modalidades de trabajo propias de la fase de constitución del capitalismo y sufrimos en el presente las vicisitudes de lo que llamé *esclavitud digital* (Antunes, 2018).

Parece indudable que este avance tecnológico informacional-digital no pretende, como objetivo básico, mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora. Basta seguir el enfrentamiento entre la empresa estadounidense Apple y la china Huawei para verificar que la disputa entre las dos corporaciones gigantes del mundo digital no indica, ni siquiera en un horizonte lejano, ninguna mejora en las condiciones de trabajo y de los salarios.

El ejemplo de la empresa global de subcontratación Foxconn, que produce la marca Apple en sus unidades de producción en China, también es esclarecedor. En esta fábrica se reportaron 17 intentos de suicidio en 2010, en los que fallecieron 13 personas. En tanto que su competidor, Huawei, así como Alibaba, ambos chinos, dan un «buen ejemplo» de las condiciones de trabajo que practican, ya que los dos utilizan el «sistema 9-9-6», mediante el cual sus operarios *trabajan de 9 a. m. a 9 p. m., todos los días, 6 días a la semana* (Antunes, 2018); jornadas de trabajo que recuerdan al Manchester de los siglos XVIII y XIX.

Si la invención tecnológica es, desde su origen, el resultado de la actividad humana, es imperativo agregar que el *sistema de metabolismo antisocial del capital*, a partir de la generalización de la producción de mercancías y el advenimiento del capitalismo industrial, introdujo una «segunda

naturaleza», dándole un primer objetivo y principio básico, que es ser un resorte impulsor de la valorización del capital. Importa poco que esta lógica pueda intensificar la degradación del trabajo, aumentar la destrucción de la naturaleza, ampliar las desigualdades sociales entre clases, empobrecer grandes porciones de la humanidad que depende de su trabajo para sobrevivir, entre muchos otros ejemplos destructivos.

No obstante, el «molino satánico» no se limita a eso. Además del trabajo uberizado hay otros ejemplos en curso en los laboratorios de experimentación laboral, se han acentuado durante la pandemia, con la intención de ser ampliamente usados en el periodo de pospandemia. Citemos sólo un ejemplo emblemático más: *el trabajo en casa (home office)*.

Desde luego, las ventajas para las empresas son demasiado obvias: existe un impulso a la individualización del trabajo, que se separa de los espacios de sociabilidad y colectividad laboral, y en la que la relación de solidaridad y conciencia de las condiciones de trabajo tiende a florecer.

En consecuencia, tal individualización de la actividad laboral debilita la organización sindical y de clase, al abrir brechas para la eliminación de derechos laborales y la conversión de los asalariados en «autónomos», «emprendedores», etcétera. Los gastos del hogar también aumentan significativamente, ya que el trabajo en casa requiere mejores equipos digitales, mobiliario, etcétera.

Todavía hay otro punto importante, cuando uno piensa en la dimensión cotidiana de la clase trabajadora. El trabajo en casa borra la separación entre el tiempo de trabajo y el tiempo de la vida, porque el espacio de trabajo comienza a confundirse y mezclarse con el universo microcósmico familiar, privado. Esta yuxtaposición entre trabajo productivo y trabajo reproducción ha venido causando profundas consecuencias, como la duplicación e

intensificación del trabajo femenino, lo que amplía aún más la *división desigual del trabajo sociosexual, racial y étnico*.

Cabe agregar que las empresas se están equipando cada vez más para controlar digitalmente las actividades productivas que se realizan en el trabajo en casa, con el fin de impedir que el trabajo se disperse y sea reemplazado por otras actividades reproductivas. Además de ese instrumento de control, efectuado a través de un nuevo panóptico digital, el ideario empresarial repite, *ad nauseam*, que en el universo empresarial de nuestro tiempo «metas», «colaboradores», «socios», «emprendedores» deben ser cada vez más «resilientes», entre otras adulteraciones del léxico, que modifican el verdadero significado etimológico de dichas palabras. Al hacerlo, esta ideología busca interiorizar esos «valores» de modo más profundo junto con la subjetividad de los trabajadores.

Es pertinente agregar que hay puntos que pueden beneficiar a la clase trabajadora. Muestra de ello es la reducción de horas dedicadas al transporte para ir al trabajo; tener más libertad en relación con los horarios; en el caso del trabajo femenino, estar más cerca de los niños; tener una mejor alimentación en casa, etcétera. Asimismo, es imperativo recordar que los aspectos negativos son mucho más profundos que los positivos al analizar amplia y críticamente la extendida práctica del trabajo en casa.

Un proceso muy similar se puede ver con la educación a distancia, una práctica a la que recurrió con frecuencia la educación pública y privada durante la pandemia. Se ha demostrado que las consecuencias son bastante negativas para los profesores, debido a que las empresas de educación privada han estado utilizando el aprendizaje a distancia en aras de reducir de forma sustantiva su profesorado, reemplazándolo con *software* de inteligencia artificial, lo que incrementa el uso de la automatización y la

robótica. En lugar de mantener a los docentes con derechos y con contrato laboral regulado, se ha ampliado la figura del docente uberizado, aquel que es contratado a través de plataformas digitales, situación que aumenta su precariedad y proletarización, sin olvidar su exclusión de la legislación social protectora del trabajo.

El principal resultado de dicho escenario es que el trabajo pedagógico, dotado de rigor, conocimiento científico, sustentado en una investigación crítica y socialmente útil, es eliminado de manera paulatina para dar paso a las «escuelas de negocios», que se convierten en grandes conglomerados privados «educativos».

Un proceso similar también ha ocurrido en las escuelas (y universidades) públicas, donde se profundiza la lógica privatizadora que conduce a la exclusión de los estudiantes más pobres, que no pueden tener internet y redes digitales para seguir sus estudios en casa, por lo que llegan a formar un contingente de personas sin educación derivado del proceso «pedagógico» digital. Aunque esta realidad tiene una dimensión global, es en el Sur donde las consecuencias sociales son aún más perversas. En contraste, Google y muchas otras corporaciones globales, no dejan de lucrar con la introducción generalizada y antipedagógica del aprendizaje a distancia, digital, sin la presencia viva de los docentes.

La receta empresarial para la fase pospandemia ya está diseñada y delineada: mayor flexibilidad, informalidad, subcontratación, intermitencia, uberización, trabajo en casa, con algoritmos al «comando» de las actividades humanas. De ese modo se transforman en nuevas *personificaciones del capital*, más *objetivados* y *cosificados*, ahora convertidos en *nuevos autómatas apéndice*s de la maquinaria informativo-digital. Y todo ello al asumir la apariencia de una «neutralidad tecnológica», que en realidad está

concebida, construida y diseñada para satisfacer los intereses de la *nueva autocracia del capital*, compuesta por un grupo selecto y restringido de corporaciones financieras globales, con su séquito de millonarios.

Si este es el diseño del sistema de metabolismo antisocial del capital que ha ofrecido mucha destrucción, es urgente darle una nueva dimensión, evidenciado con el brote del coronavirus: hemos entrado en la fase del capitalismo pandémico o viral, aquella en la que «*experimenta in corpore vili* [experimentos en un cuerpo carente de valor] como las de los anatomistas sobre las ranas», recuerda Marx (1996:460). Cuerpos, es necesario añadir, que son predominantemente de la clase trabajadora, que en el Sur global es marcadamente pobre, femenina, negra, indígena, inmigrante, vive en barrios marginales y comunidades, sin beneficios de salud y con condiciones de vida y de trabajo precarias.

Por eso el *capitalismo viral* tiene un *cuerpo-clase*, para usar la sugestiva formulación de Iside Gjergji (2019), lo que quiere decir que afecta centralmente el cuerpo de la *clase-que-vive-del-trabajo* (véase Antunes, 2013), en el que la contaminación, la enfermedad y la letalidad encuentran su mayor incidencia, puesto que la clase trabajadora, al hallarse en gran medida en la informalidad y la intermitencia, no puede quedarse en el encierro. Por tanto sus niveles de contagio y muerte son mucho más altos que los de la clase media alta y la clase burguesa. Debido a la enorme carencia que caracteriza su vida cotidiana, la clase trabajadora se ve obligada a trabajar para sobrevivir en las peores condiciones; por ende, está más cerca de la letalidad.

No parece difícil comprobar que la pandemia no fue un «evento de la naturaleza», sino el resultado del sistema de metabolismo antisocial del capital que ha sido destructivo e incluso letal para la clase trabajadora, el

medio ambiente y la naturaleza, al obliterar y dificultar, de las más diversas formas, la lucha por la «igualdad sustantiva» (Mézsáros, 1995) entre géneros, razas, etnias, a la plena libertad sexual y para su efectiva emancipación social.

Una nota final

De lo expresado con anterioridad, cabe reiterar que la cuestión crucial que nos impone la pandemia es hacer todo lo posible por preservar la vida y, simultáneamente, reinventar una nueva forma de vida.

¿Por dónde, entonces, empezar?

Nuestro punto de partida debe basarse en el *presente*, en nuestros desafíos más inmediatos, con el propósito de rescatar las energías que afloran de las clases subalternas, superar la crisis sanitaria mundial y canalizar todos los esfuerzos indispensables para reinventar un nuevo sistema de metabolismo que sea verdaderamente humano y social. Como estamos viviendo un momento absolutamente excepcional en la historia humana, es urgente rediseñar un *modo de vida* en el que la humanidad esté en efecto dotada de significado en sus actividades más vitales y esenciales. Para que no parezca que se recurre a generalizaciones sin concreción, a continuación se indicarán algunos *puntos de partida* que se encuentran en el universo de la vida cotidiana.

Es preciso comenzar por la actividad humana más vital, aquella sin la cual la humanidad no sobrevive: el trabajo. Hoy hay cientos de millones de trabajadores con empleos precarios y jornadas diarias que alcanzan niveles

similares a los practicados en el origen de la Revolución industrial. Pero, al observar el mundo del trabajo a escala global, también se aprecia que hay un contingente monumental que no tiene trabajo y que, por lo tanto, viajan por el mundo en un intento desesperado por encontrar cualquier *trabajo* (Basso, 2018).

Una primera respuesta es casi natural. Luchar por reducir la jornada laboral es un *primer paso* decisivo para distribuir mejor el tiempo de trabajo entre todos los que están desempleados. No obstante, hay un segundo paso: la pandemia también nos hizo comprender mejor cuáles son los *trabajos socialmente útiles y necesarios*, y qué trabajos son destructivos, superfluos y se reducen en exclusiva a enriquecer a las clases propietarias.

Si se procede de esa manera, el trabajo será tratado en una dimensión cualitativamente superior. Lo cual significa que la humanidad debe canalizar sus actividades laborales hacia la producción de bienes (y no mercancías) *socialmente útiles*, actividades que pueden realizarse en una jornada laboral diaria más corta.

El primer punto puede definirse ahora en mejores términos: se trata de refundar y recrear el trabajo, al concebirlo como una *actividad social vital, libre, autodeterminada, basada en el tiempo disponible* y, por lo tanto, al rechazar de modo radical el sistema de metabolismo antisocial del capital que introdujo el *trabajo asalariado y enajenado, basado en la explotación del plustrabajo*, que tipifica y caracteriza al trabajo asalariado en la sociedad actual, incluida su configuración *informacional-digital*. Lo que es fácil de escribir, sin embargo, constituye un desafío colosal, porque la concreción es imposible de lograr mientras dure el *sistema del capital*.

En el mismo sentido, surge la cuestión ambiental, ya que la recuperación y la preservación de la naturaleza se ha convertido en otro imperativo

crucial de nuestro tiempo. Todo lo que el capitalismo ha creado, en sus casi tres siglos de destrucción, tiene que ser en esencia bloqueado, demolido e incluso superado. El calentamiento global, el uso ilimitado de energía de combustibles fósiles, la proliferación de plaguicidas y transgénicos, las prácticas de extracción predatorias en la minería, los incendios forestales, los agronegocios, la industria sucia o la producción de guerra, expresan algunas de las características más dañinas del *capitalismo viral* o *pandémico*; todo esto tiene que ser deconstruido y transformado en actividades humanas socialmente necesarias y antidestructivas.

Dado que el ser social es parte constitutivo de la naturaleza y que la naturaleza humana está indisolublemente entrelazada con la naturaleza orgánica e inorgánica, hay una interacción que no puede eliminarse entre esas dimensiones decisivas del ser, que ya no puede conducirse por el sistema destructivo y letal del capital.⁴

Se percibe, entonces, que estas cuestiones vitales se han vuelto más visibles para toda la humanidad durante el azote de la pandemia, incluso han indicado los primeros y principales retos a alcanzar, en aras de prevenir y superar el capitalismo viral que, por cierto, ya nos está ofreciendo un sinfín de nuevos virus capaces de eliminar grandes contingentes de población, además de las miles de vidas que el coronavirus ya se ha cobrado. La reciente experiencia cotidiana permitió visualizar que con el confinamiento las ciudades pudieron vivir una reducción significativa de los niveles de contaminación, ya sea al reducir el tráfico urbano o por el cierre de fábricas y actividades productivas más contaminantes.

⁴ Para una mejor comprensión del concepto de sistema de *metabolismo social del capital*, aparte de Mészáros (1995), ya indicado con anterioridad, véase también la importante reanudación de este debate en Saito (2021).

Por eso la recuperación de la naturaleza, que se encuentra en agudo colapso, también obliga a reinventar un nuevo modo de producción más allá del capital, el único efectivamente capaz de eliminar los elementos más destructivos y letales de nuestro tiempo, lo que, una vez más, nos pone en oposición directa al capital y su forma de vida, ampliando así la escala de confrontación directa con las grandes corporaciones financieras mundiales.

Similar al trabajo y la naturaleza, el mismo desafío surge cuando se aspira a la «igualdad sustantiva» entre género, raza y etnia, para, de esta manera, erradicar de forma eficaz la homofobia, el sexismo, el racismo, la xenofobia, entre otras tantas aberraciones presentes en nuestro tiempo.

Siempre se puede argumentar que dicha proposición es utópica, imposible. Asimismo, parecía imposible demoler un sistema poderoso como el feudal, que duró 10 siglos. ¿Era posible imaginar que el feudalismo sería derrotado por las revoluciones burguesas de Francia e Inglaterra? ¿Alguien hubiera previsto que la magistral Comuna de París florecería en una de las ciudades más avanzadas de Europa, a mediados del siglo XIX? ¿Parecía plausible prever el estallido de la revolución en Rusia, un país dominado por una brutal autocracia zarista?

Ciertamente, un cambio de época sólo puede ocurrir a partir de revueltas, levantamientos, rebeliones y revoluciones que se desarrollan a partir de las clases subalternas, en las que la clase trabajadora, en su nueva morfología, tiene una importancia central. Pero este cambio de época no puede prescindir de la acción de los movimientos sociales de las periferias, en especial cuando se mira al Sur global.

El papel de las luchas antirracistas y feministas señala de modo decisivo en esta dirección, con la articulación en varias partes del mundo de la lucha contra la opresión y el patriarcado, en sus simbiosis con el capitalismo. Así

como han resistido, durante siglos, las comunidades indígenas. La recuperación del espíritu colectivo y comunitario presente en la vida de los pueblos indígenas y comunidades negras que lucharon contra la esclavitud será también vital en este mosaico de experimentos sociales capaces de ofrecer un nuevo horizonte donde la emancipación humana y social pueda finalmente florecer.

Referencias

- Antunes, R. (2022). *Capitalismo pândemico*. São Paulo: Boitempo.
- Antunes, R. (2003). *¿Adiós al trabajo?* Buenos Aires: Herramienta.
- Antunes, R. (2018). *O privilégio da servidão: o novo proletariado de serviços na era digital*. São Paulo: Boitempo.
- Antunes, R. (2013). *Los sentidos del trabajo*. Buenos Aires: Herramienta.
- Antunes, R. y Braga, R. (eds.) (2009). *Infoproletários: degradação real do trabalho virtual*. São Paulo: Boitempo.
- Antunes, R. (ed.) (2020). *Uberização, trabalho digital e Indústria 4.0*. São Paulo: Boitempo.
- Antunes, R. (2020). «Trabalho intermitente e uberização do trabalho no limiar da Indústria 4.0.». En Antunes, R. (ed.), *Uberização, trabalho digital e Indústria 4.0*. São Paulo: Boitempo.
- Basso, P. (2018). *Tempos modernos, jornadas antigas: vidas de trabalho no início do século XXI*. Campinas: Editora da Unicamp.
- Fernandes, F. (2006). *A revolução burguesa no Brasil*. São Paulo: Globo.
- Gjergji, I. (2019). *Sociologia della tortura. Immagine e pratica del supplizio post-moderno*. Venezia: Edizioni Ca' Foscari.

- Huws, U. (2017). *A formação do cibertariado*. Campinas: Editora da Unicamp.
- Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA) (2019). *Texto para discussão* 2528. Recuperado de https://www.ipea.gov.br/portal/images/stories/PDFs/TDs/td_2528.pdf
- Marcuse, H. (1972) *Counterrevolution and revolt*. Boston: Beacon Press.
- Marx, K. (1996). «Capital. Volume 1: the process of production of capital». En Marx, K. y Engels F., *Collected works*, vol. 35. Londres: Lawrence & Wishart.
- Marx, K. (1998). «Capital. Volume 3: the process of capitalist production as a whole». En Marx, K. y Engels F., *Collected Works*, vol. 37. Londres: Lawrence & Wishart.
- Mészáros, I. (2009). *Para além do capital: rumo a uma teoria da transição*. São Paulo: Boitempo.
- Mészáros, I. (2009). *A crise estrutural do capital*. São Paulo: Boitempo.
- Polanyi, K. (2000). *A grande transformação: as origens de nossa época*. Rio de Janeiro: Compus.
- Saito, K. (2021). *O ecossocialismo de Karl Marx: capitalismo, natureza e a crítica inacabada à economia política*. São Paulo: Boitempo.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional